

convendría recordar que antes del Aquinate median doce siglos de moral católica, y algunos siglos más si nos referimos a la ética natural. No obstante, hay que decir que, aparte de citar doctores de la Iglesia anteriores a Tomás, Composta pretende demostrar que la *síntesis moral tomista* —con una adecuada revisión— no pierde actualidad ni fuerza. En fin, tenemos ante nosotros un trabajo que —de un modo decidido, sin ahorrar denuncias— sitúa al lector ante un convulsionado panorama, tal como es el de la ciencia moral actual.

A. CAROL I HOSTENCH

James H. BUCHANAN, *Ética y progreso económico*, Ediciones del Servicio de Estudios de la Caja de Ahorros y Pensiones de Barcelona, Barcelona 1995, 105 pp., 23 x 17.

El presente libro, número 3 de la colección «Estudios e informes» promovida por el Servicio de estudios de «la Caixa», recoge el ensayo *Ethics and economic progress*, publicado por el Premio Nobel de Economía James M. Buchanan en 1994, añadiendo el texto de la conferencia sobre «Perspectivas para las limitaciones constitucionales de los déficit públicos», que el propio Buchanan pronunció en el Auditorio de «la Caixa» en 1987.

En su ensayo Buchanan somete a consideración dos tesis complementarias o, en otros términos, una única tesis con dos partes: si todos los miembros de una sociedad trabajan seria, constante y concienzudamente, así como si ahorran en lugar de gastar alocadamente su dinero, la economía de esa sociedad progresa y se desarrolla. Estas tesis —comenta— son espontáneamente aceptadas por el sentido común, pero su aceptación encuentra en cambio resistencia en aquellos representantes de la ciencia económica que se dejan influir por planteamientos neoclásicos que llevan a ponerlas en duda. Por su parte dedica el ensayo a intentar fundamentarlas desde la perspectiva del análisis científico-económico.

El resultado —y, en cierto sentido, también el punto de partida— es una reflexión sobre las relaciones entre ética y economía o, más exactamente, sobre el influjo que la ética tiene en el desarrollo económico. En términos generales puede decirse que su intento entronca con los planteamientos de dos grandes autores que le han precedido:

a) desde la perspectiva del análisis histórico, con Max Weber con el cual comparte, en primer lugar, la valoración del impacto histórico produ-

cido por la ética puritana y su valoración del empeño y la seriedad en el trabajo y, más radicalmente, la convicción, desarrollada por Weber en polémica con Marx, según la cual las actitudes ético-espirituales inciden de forma decisiva en la evolución socio-económica;

b) desde una perspectiva más estrictamente económica, con Adam Smith y sus ideas sobre la división del trabajo como factor que determina la ampliación del mercado y, en consecuencia, el crecimiento económico, tesis que le permite concluir que la decisión de trabajar intensamente y la de ahorrar traen consigo la aportación de nuevos *inputs* al mercado y, por tanto, su ampliación con las efectos beneficiosos para todos que de ahí derivan.

La afirmación según la cual la ética —la actitud ético-existencial, pues es a ello a lo que primariamente se refiere Buchanan— influye positivamente en la economía, es decir, produce buenos resultados económicos, ha sido presentada y defendida por diversos autores y desde diversas perspectivas. Frente a planteamientos de ese tipo han reaccionado no sólo economistas, que dudan de ese influjo beneficioso, sino también defensores de la ética, que han puesto de relieve que el bien debe ser hecho por sí mismo, por su bondad intrínseca, y no con vistas o en orden a la obtención de determinados resultados, económicos o de otro tipo.

Esta observación ético-filosófica es, sin duda alguna pertinente —subordinar lo bueno a lo útil es negarlo como tal y por tanto negar la ética—, pero no debe, a mi juicio, ser llevada al extremo de identificar lo bueno con lo inútil y lo improductivo o, peor aún, con lo perjudicial desde una perspectiva económica, dando así la razón a Mandeville y su fábula de las abejas. Lo ético y moralmente bueno debe ser valorado y realizado por sí mismo, aunque en ocasiones su realización implique renunciar a un beneficio económico, pero ese conflicto no debe ser elevado a regla; la regla es más bien lo contrario, al menos en términos sociales o globales: sólo una sociedad que se inspire en principios éticos progresará económicamente.

Buchanan se sitúa ante el problema no desde la perspectiva que acabamos de apuntar, sino que accede a él, como corresponde a su dedicación científica, desde la economía. Desde esa perspectiva su intento constituye una aportación valiosa, que se inserta en el contexto de la evolución que está llevando a diversos economistas a reconocer el influjo de las actitudes y valores éticos en el desarrollo y funcionamiento de la economía, y, lo que es más, que puede contribuir a que ese proceso continúe configurándose. En este sentido me parece necesario apuntar una observación crítica, referida a una cuestión decisiva: la naturaleza de la ética. Buchanan, en efec-

to, siguiendo un planteamiento que entronca con Hayek y, más allá, con una corriente filosófica en la que cabe incluir Weber y, como trasfondo último, a Kant, tiende a concebir la ética desde la perspectiva de la norma, de la obligación y del deber y no desde la perspectiva de los ideales y de los fines. Lo que, en términos generales, conduce a desconocer aspectos importantes del dinamismo del actuar humano y expone al riesgo de desembocar en esa subordinación de la ética a la economía que antes criticábamos.

Que ese riesgo no es ilusorio, lo confirman algunos pasajes de la obra de Buchanan, incluidos en el capítulo o apartado que titula «Pero algunas normas son mejores que otras». La ética del trabajo y la del ahorro —afirma— son económicamente beneficiosas, y lo mismo cabe decir respecto a los preceptos «que se refieren a la honestidad en los contratos, al mantenimiento de las promesas, a decir la verdad, al respecto a la persona y la propiedad, a la sobriedad, a la tolerancia»: todo ello —o sea, según el modo de hablar weberiano, las «virtudes puritanas»— es social y económicamente productivo (pp. 70-71). Ahora bien —añade inmediatamente después— no cabe decir lo mismo respecto a otras normas que suelen presentarse como parte de la enseñanza ética: quienes «nos exigen tener compasión con los menos afortunados y ser caritativos, incluso hasta el punto de vender lo que hemos acumulado y dárselo a los pobres, unirnos a los miserables de la tierra en sus exigencias contra los productivos, dejar de perseguir el valor económico, tomarse tiempo para oler las flores, utilizar los poderes coercitivos de la política para proteger las tierras vírgenes de su explotación económica, apoyar los esfuerzos de las mayorías políticas en la exacción de los tributos sobre aquellos miembros de la minoría que realmente practican las virtudes puritanas», promueven actitudes socialmente improductivas que, de ser efectivamente seguidas, reducirían de hecho «el valor económico de la economía» (p. 71).

Dejando de lado el tono retórico de algunas de sus afirmaciones, y aún reconociendo que, en algún punto, no carece de razón —aunque la complejidad de algunos de los problemas a los que alude reclamaría una consideración pormenorizada—, es patente que en su conjunto los párrafos mencionados apuntan muy claramente a esa comprensión de la ética como ética del deber, abstrayendo por entero de fines y resultados, y a esa subordinación de la ética a la economía a la que hace un momento nos referíamos y de la que es fruto inevitable, como la experiencia de la sociedad occidental pone de relieve, una despersonalización y, en consecuencia, un deterioro del tejido social. El diálogo entre ética y economía reclama, si se aspira a llegar a puerto, un marco antropológico y de filosofía social

más amplio que el que aflora en las páginas del presente ensayo. En algún momento el Prof. Buchanan da la impresión de presentirlo. Esperemos que el diálogo ya iniciado contribuya a ponerlo con claridad de manifiesto.

J. L. ILLANES

ATENEIO ROMANO DELLA SANTA CROCE, *Rendere amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Alvaro del Portillo*, Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1995, 692 pp., 18 x 24'5.

En 1994, al acercarse la fecha en que Mons. Alvaro del Portillo iba a cumplir los 50 años de su ordenación sacerdotal, el Pontificio Ateneo de la Santa Cruz, del que fue impulsor y primer Gran Canciller, decidió preparar un libro homenaje, recogiendo, como es usual en ocasiones análogas, algunos de sus escritos. Apenas tres meses antes de que tuviera lugar ese aniversario Mons. del Portillo falleció repentinamente. El proyecto de libro homenaje se mantuvo, aunque cambiando su sentido.

La actividad intelectual de Mons. Alvaro del Portillo ha sido dilatada en el tiempo y variada en su contenido. Hombre de inteligencia penetrante y de profunda cultura no asumió lo que, con terminología ordinaria, suele designarse como «carrera académica»: su labor de estudio y de investigación se desarrolló no tanto en relación con tareas docentes, aunque no fue ajeno a ellas, cuanto en conexión con sus ocupaciones pastorales, primero como sacerdote y después como obispo, en la Prelatura del Opus Dei y en la Curia Romana, y refleja en consecuencia la riqueza y la movilidad que una tan amplia labor pastoral implica. El comité de profesores del Pontificio Ateneo de la Santa Cruz, que, presidido por el Prof. Amadeo de Fuenmayor, emprendió la empresa de preparar el presente libro lo ha tenido en cuenta, dando a la obra una estructura que se hace eco de esa realidad.

El libro, que recoge un total de 59 escritos —unos ya aparecidos precedentemente en revistas y publicaciones, otros inéditos—, se divide, en efecto, en cuatro partes: a) escritos pastorales, que agrupa en su casi totalidad cartas y homilias redactadas o pronunciadas en su condición de Prelado del Opus Dei; b) escritos teológicos, que abarca textos que van desde la década de 1970 hasta la de 1990; c) escritos canónicos, que comprende textos correspondientes a un arco de tiempo similar, y, finalmente, d) escritos varios. Cada una de esas partes están precedidas de introducciones que corren a cargo, la primera de ellas, del Prof. Rolf Thomas, colaborador durante muchos años de Mons. del Portillo en las tareas de gobierno